

El yo en las columnas periodísticas de Francisco Umbral

JEAN-PIERRE CASTELLANI es catedrático de literatura española contemporánea en la Universidad François de Rabelais, de Tours. Especialista en el análisis del espacio autobiográfico, ha publicado numerosos trabajos relacionados con su línea de investigación, entre los que destacan los relacionados con las obras de Marguerite Yourcenar y Francisco Umbral. Entre los más recientes, "Los diarios de Francisco Umbral", en *La literatura de la memoria entre dos fines de siglo: de Baroja a Umbral, Coloquio Internacional celebrado en Madrid (noviembre 1998). Actas del Coloquio publicadas por la Comunidad de Madrid (1999)*.

EL PERIÓDICO TAL como lo conocemos en nuestro mundo occidental nace del libro y, por lo tanto, es normal que una parte importante del discurso periodístico tenga algo que ver con sus orígenes literarios. En los medios de comunicación de hoy, en casi todos los diarios, coinciden en el espacio del texto impreso, unos textos meramente informativos y otros con pretensiones estilísticas creativas que los acercan más a la literatura propiamente dicha. Esa tensión entre dos tipos de escritura, o sea de modalidades de narrar o comentar la realidad presente, que es la finalidad básica de la prensa, existió desde la aparición de los primeros diarios. Aparentemente la tendencia actual, bajo la influencia de la técnica y del lenguaje de la informática, parece dar la prioridad más bien a la objetividad que a la subjetividad. Sin embargo, la prensa española, más que otras, quizá, siempre ha reservado un lugar eminente a esa vía literaria por su voluntad de dar opiniones al lado de informaciones.

El columnismo, que es la forma más clara, confesada y reivindicada de esa afirmación de un punto de vista personal, conoce, desde Larra y Clarín hasta Francisco Umbral, un gran éxito y sigue teniéndolo, a pesar de la evolución de la prensa hacia un discurso cada vez más frío y deshumanizado, que descarta el humor, el mal humor, la ironía, el descaro, el inconformismo, la provocación estableciendo con el lector un pacto fundado en la razón, el rigor, la norma como cualquier otro producto comercial, más allá de una presentación cada vez más preocupada por la estética.

Al contrario, en la arquitectura general del diario moderno, muy seria en su lenguaje, si bien cada vez más lúdica en su tipografía y en su puesta en página, la columna, que no es exactamente el artículo, o la crónica, o la reseña, o la necrología, le ofrece al lector, que la busca y la goza, empezando a menudo con ella la lectura del periódico, un texto marginado, limitado por un recuadro que lo separa claramente de lo demás del diario, firmado de modo espectacular, como se firma un cuadro de pintura, algo independiente, personal, parecido a una tertulia escrita, una especie de diálogo con el lector que en este caso se vuelve un amigo fiel, un confidente. De este modo

se establece una relación desde un yo emisor predominante, consciente de su poder de influencia, y un yo receptor cómplice. Entre ambos, al contrario del texto autobiográfico que impone un pacto, a menudo ambiguo según la expresión de Manuel Alberca, se va creando una relación individual en la cual el columnista está diciendo algo que comparte su lector.

La presencia de la primera persona gramatical, que se justifica únicamente en los reportajes para dar autenticidad al testimonio, se vuelve aquí imprescindible, inherente al género. Sin este yo dictatorial, y por consiguiente injusto, o equivocado, o agresivo, no hay columna ni en su emisión ni en su recepción. Hay una fuerza retórica persuasiva que domina en este ejercicio, con vistas a una toma de conciencia de algo por un lector orientado por la acumulación de argumentos y la riqueza del estilo adoptado. El predominio del yo del columnista, escritor/periodista, explica que la columna se escriba desde sentimientos nunca neutros sino intensos: felicidad, plenitud, ira, ironía, irrisión, desilusión, compromiso.

Además, la columna es un género totalmente libre en su temática ya que puede abarcar todos los campos: políticos, culturales, económicos, deportivos, religiosos, nacionales o internacionales, locales o universales. En la columna el único límite es el espacio determinado de modo sistemático y regular (los dos o tres folios). La columna, en España, siempre ha sido una prueba de periodismo informativo de creación y de libertad de pensamiento. No son los temas los que faltan, sobran más bien, sino una visión personal, original, llamativa que hace que el lector termine lo que ha empezado. Cuando no funciona la columna, el lector, después de un gusto inicial, deja de leerla. El placer de lectura provoca el deseo diario, y casi urgente, de lectura; su ausencia lleva al rechazo, a veces definitivo.

Francisco Umbral es, en España, sin duda alguna, incluso para sus detractores más agresivos, uno de los mejores, sino el mejor, representante de este columnismo. Desde su primera entrega en 1960 al *Diario de León* bajo el título *La ciudad y los días*, hasta las que desde 1989 da en *El Mundo* tituladas, con una gran lógica a través del tiempo, *Los placeres y los días* no ha dejado de publicar una columna diaria, salvo durante los meses de agosto, lo que hace

de él un caso único en España y quizás en la prensa europea contemporánea.

Para entender a Umbral, hace falta partir pues de esa columna que va publicando desde el final del franquismo hasta hoy. Desde las colaboraciones de la agencia *Colpisa*, antes de 1975, hasta la famosa columna de la prensa democrática, desde la de *El País* en 1976 hasta la de *El Mundo*, sin olvidar la época de *Diario 16*.

De este modo Umbral se sitúa en la escuela tan española del periodismo literario con una finalidad muy clara para él mismo, como lo afirma: "asociar la vieja artesanía de hacer artículos para la prensa, siempre entre la política y la poética".

Umbral ha ido forjando una especie de *Ruedo Ibérico* que se nutre de una mirada atenta de los demás y de la realidad que lo rodea, que nos rodea, con la misma agresividad a veces injusta, un pesimismo tan negro, una idéntica visualización destructora de la sociedad, con esa mirada lúcida que la enlaza con Valle-Inclán.

Por cierto hay otros escritores, y muy buenos, que proponen columnas en varios órganos de prensa pero destacan unas diferencias con la de Umbral. Las hay semanales, lo que da un ritmo de escritura y de lectura algo distinto: es el caso de la columna de Manuel Vicent (*El País*) que es más bien un ejercicio, muy acertado por lo demás, de reflexión de tipo literario, una meditación lírica sobre un tema personal, o la de Juan José Millás (*El País*) quien escribe como cuentos fantásticos, o la de Rosa Montero (*El País*) que suele ofrecer un discurso de compromiso político o ideológico, incluso la de Antonio Muñoz Molina (*El País Semanal*) que, por otra parte, se relaciona bastante con la diaria de Umbral o la de Manuel Hidalgo (*El Mundo*).

Las hay con un ritmo diario parecido pero también distintas en su forma y en su contenido: por ejemplo la de Antonio Gala (*El Mundo*) que es fundamentalmente un breve comentario a un tema del día más cerca de la máxima moralizante, o la de Jaime Campmany (*ABC*) que se reduce en general a una glosa de la actualidad nacional. La que pudiera asemejarse más a la de Umbral podría ser la de

Manuel Alcántara (*Sur*) quien, desde 1989, propone a sus lectores un comentario libre y poético de unas circunstancias a la vez colectivas o individuales.

Se considera a Umbral, de modo muy superficial, cuando no se toma en cuenta la totalidad de su creación, como un caso ejemplar de un escritor que se concentra en su propia persona hasta el punto de presentar una ceremonia del "yo" a través de un autorretrato obsesivo que hace que el personaje dominante y predominante de los textos narrativos de Umbral sea el propio Umbral. Su obra se caracteriza por una tendencia sistemática hacia el punto de vista autobiográfico, siendo naturalmente el mismo creador el sujeto y el objeto del relato.

Además la perspectiva de Umbral se focaliza siempre en el pasado, en su infancia, en su adolescencia y en los años de su llegada a Madrid, y la memoria es la fuente esencial de sus comentarios. El problema es saber si este pasado se limita a unas anécdotas y vivencias meramente individuales o si coincide con algo compartido con una generación, volviéndose así el reflejo no solo de un "yo" narcisista sino el de un "nosotros" colectivo.

Por lo tanto la práctica de esta columna diaria vendría a ser el vehículo, entre otros textos más literarios, de una confesión muy personalizada como lo suponen las características de este género según las hemos destacado ya. No se entiende bien el alcance de la obra de Umbral si no se considera un hecho esencial en ella: para él existencia y escritura se confunden hasta tal extremo que el forcejeo con las palabras, o sea el trabajo estilístico, resulta una verdadera terapia obligada para superar una tendencia cada vez más pronunciada hacia una auto-destrucción y una violencia desgarradora.

Llama la atención el carácter reiterativo, obsesivo, circular de la obra de Umbral como lo atestigua el cotejo de dos textos tan distantes en el tiempo como *Diario de un escritor burgués* publicado en 1979 y el *Diario político y sentimental* en 1999. A pesar de los 20 años de diferencia, encontramos en los dos textos la misma desilusión frente al tiempo presente, una vuelta idéntica hacia la infancia o los primeros pinitos por la capital Madrid, la misma voluntad de ser escritor, exclusivamente, y de construir frente a

los demás un personaje de dandi comprometido, y parecidas referencias literarias o culturales. Quizá se acentúen en 1999 el escepticismo y la rabia frente a la sociedad moderna, la capitalista sobre todo.

Umbral no se repite, sino que desarrolla de modo incesante la misma clase de reflexiones. Es significativo que Miguel García-Posada haya podido, con la obra de Umbral, hacer de la tradicional antología de textos de un autor famoso un nuevo libro coherente, homogéneo, equilibrado: *La rosa y el látigo* (1994). Hasta tal punto que a esa selección de textos el propio Umbral le ha dado un título genérico. En este caso el fragmento, unido a otros trozos, constituye una nueva obra. Por eso son injustas las críticas que opinan que el reciente *Diario político y sentimental* (1999) no hace más que retomar columnas publicadas en la prensa. Se trata más bien de un comentario a modo de diario íntimo de la misma sustancia que ha nutrido esas columnas.

No hay fronteras entre los textos de Umbral que ocupan espacios muy vecinos como la columna, el diario íntimo, la novela lírica, la autobiografía. Son modalidades de la misma materia, unificadas por el lenguaje siempre muy cuidado y renovado por un trabajo permanente del idioma. Lo afirma de modo rotundo el mismo Umbral: "la columna puede ser frívola, mundana, pasajera, humorística, política, grave, crítica, pero en principio no es sino eso: una corona de palabras"¹.

Así que hay un trasvase permanente entre la vida del autor y su obra, partiendo de una creación simultánea: Umbral habla de literatura en sus columnas y de sus columnas en sus textos de confesión o de ficción. Al fin y al cabo la única obsesión verdadera es la misma literatura a través de un ejercicio obsesionado por un cuerpo a cuerpo con el idioma. Como ha dicho con razón Miguel García-Posada se trata de una "poética de la memoria", si se entiende poética por una investigación esencialmente lingüística. Lo que cuenta para Umbral es escribir: "escribir es ejercitarse para no morir"².

Escribir este artículo viene a ser como "un placer gimnástico de la mente" según las propias palabras de Umbral.³ Representa, así concebido, un modo de careo permanente con la actualidad políti-

ca, interior sobre todo, social y cultural. Por medio de una invención verbal, como un desafío que se lanza a sí mismo cada mañana, una droga necesaria a su supervivencia. Como confiesa el mismo Umbral: "Soy un escritor doloroso que se cura escribiendo".⁴ La crónica de Umbral, ha sido siempre una muestra atípica de un periodismo personal ("jamás he dado una noticia", dice con orgullo), arbitrario, subjetivo, individualista, anarquista, iconoclasta, entre la lírica y la sátira.

Dentro de los límites de este trabajo nos hemos fijado en las columnas publicadas por Umbral en *El Mundo* durante lo que podemos llamar una temporada, o sea desde el mes de septiembre de 1998 hasta el de julio de 1999. Nos referimos únicamente a la colaboración titulada *Los placeres y los días*, y descartamos, por no ser exactamente una columna diaria, los artículos llamados *Diario con guantes* que cada domingo daban una especie de diario íntimo relacionado con las fechas de la semana, y por lo tanto naturalmente conectado con el fluir cotidiano del firmante y *La mirada de Umbral* que, en *La Revista*, suplemento dominical de *El Mundo*, es una glosa de una fotografía. Pensamos que son significativas del conjunto de las columnas publicadas por Umbral desde varios años.

Durante ese lapso de tiempo Umbral nos presenta, en su columna *Los placeres y los días* una crónica de la sociedad española que consta no sólo de una galería de personajes famosos de la actualidad política, financiera, cultural sino también de una serie de observaciones críticas que constituyen un análisis terriblemente destructor, y por lo tanto perturbador, sano, excitante, necesario, de la circunstancia histórica desde lo más nimio a lo más trascendental.

Las columnas nos presentan una galería de personajes públicos, actores de la actualidad durante esos meses. Por orden de aparición en esas columnas encontramos varios grupos:

* Políticos nacionales como Felipe González, José María Aznar, José Borrell, Joaquín Almunia, Rodrigo Rato, Jordi Pujol, Javier Solana, Arzallus, José Barrionuevo, Baltasar Garzón, Ana Botella,

Isabel Tocino, Carmen Romero, Alberto Ruiz-Gallardón, Fernando Morán, Alfonso Guerra, Julio Anguita, el obispo Setién, Jesús Gil y Gil, Esperanza Aguirre, Adolfo Suárez, Álvarez de Manzano, Manuel Fraga Iribarne, Tierno Galván, Nicolás Redondo, Álvarez Cascos, Cristina Almeida, Loyola de Palacio, Rosa Díez.

* Figuras internacionales como Pinochet, Clinton, Mónica Lewinsky, Franco, Pablo Iglesias, el Rey Juan Carlos, el Papa Juan Pablo II, Milosevic, Yeltsin, Salvador Allende, Jonh-Jonh Kennedy Jr.

* Figuras del mundo literario como José Saramago, Miguel Delibes, Carlos Bousoño, José Hierro, Rosa Montero, Miguel García-Posada, Carmen Rigalt, Carmen Rico-Godoy, Jaime Campmany, Fernando Lázaro Carreter, Camilo José Cela, Oscar Wilde.

* Personalidades del arte y del espectáculo como: Velázquez, Marc Chagall, Agustín Úbeda, Fernando Fernán-Gómez, Ana Belén, Julio Iglesias, Luis G. Berlanga, Buero Vallejo, Picasso, José Luis Garci, Luis Sánchez Polack, Norma Duval, Lina Morgan, Yehudi Menuhin, Orson Welles, Jean-François Lyotard, Woddy Allen, Pedro Almodóvar, Pierre Cardin, Lola Flores, José Vela Zanetti, Cristino de Vera, Juanita Reina.

* Modelos literarios como Jean Giraudoux, Jules Supervielle, Ortega y Gasset, Montesquieu, Jorge Guillén, Baudelaire, Albert Camus, Quevedo, Jorge Luis Borges, Valle-Inclán, Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna, Bécquer, Goethe, Jean Cocteau, Rilke, Rimbaud, Claude Levi-Strauss, Stendhal, Eugenio d'Ors, Rubén Darío, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, André Gide, Lacan, Miguel de Unamuno, Cervantes, Pedro Salinas, César González-Ruano, Paul Claudel, Miguel Mihura, Shakespeare.

Si excluimos a unos nombres muy relacionados con una actualidad dramática, como Milosevic con la guerra de Bosnia o Mónica Lewinsky con el escándalo Clinton, podemos observar que este índice onomástico es el de siempre en los textos de Umbral desde hace años, lo que prueba la permanencia de esas referencias, sobre todo en el mundo del arte y de las letras, menos por supuesto en el mundo

político, más dependiente de la actualidad urgente. La columna se inspira pues en unos acontecimientos exteriores al autor pero al mismo tiempo refleja una selección coherente desde décadas. Esos hechos no forman parte de su propio destino y sin embargo escribir de ellos constituye su vida. Hasta tal punto que, para Umbral, el artículo no se nutre de la actualidad sino que la crea.

Las famosas negritas, que son la tipografía acostumbrada para referirse a los apellidos de los conocidos en las columnas frívolas de cotilleo de las páginas de sociedad, pueden engañar. En este caso no se trata de un código de prioridad o superioridad social sino más bien de una marca formal que destaca de este modo a la gente a la que se alude en la columna. Es cierto que hay aquí un peligro de contaminación que a menudo ha perjudicado al mensaje de Umbral, asimilado a algo que no es en absoluto, o sea el comentario superficial de unos acontecimientos vividos por una minoría aristocrática, financiera o artística. En los diarios íntimos desaparece esa tipografía confirmando que sólo es un recurso técnico de la prensa escrita que no corresponde a un capricho del autor.

Las negritas son pues como un guiño facilón al lector, sin más simbolismo. Al contrario aparece de modo sistemático otro guiño, mucho más importante: es el uso muy corriente de citas de grandes autores o críticos. A lo largo de sus reflexiones, Umbral las ilustra, las refuerza y les da autoridad con el apoyo de la frase de otro, en general un gran maestro de las letras universales, citada entre comillas. Citar a otro creador es para un autor a la vez introducir algo ajeno en su propio texto y adueñarse de este nuevo elemento. Además de una función ornamental la cita participa de la amplificación retórica del razonamiento. Presentarla como un recuerdo personal es una posibilidad para el redactor de la columna de irrumpir en su propio texto, no de un modo vanidoso (prueba posible de su cultura y de su erudición) sino de manera individualizada. Una cita no es una digresión que aleja de su texto, o una redundancia que lo duplica, sino más bien algo que se adentra en nuestro discurso. La cita literaria, bastante usual en las columnas como en las conferencias, es una reivindicación en la enunciación. Como dice Antoine Compagnon (y ahora soy yo quien cita a una fuente

de mucho crédito para ilustrar mi análisis...): "*citare* en latín c'est mettre en mouvement, faire passer du repos à l'action. Les sens du verbe s'ordonnent ainsi: d'abord faire venir à soi, appeler, d'ou l'acception juridique d'une sommation à comparaître..."⁵ La persona a la que leemos es también un lector y comparte con nosotros esas influencias.

Umbral acude a otras técnicas, más directas todavía, para acercarnos a su situación e imponer su "yo" como fuente del texto que estamos leyendo.

* El uso del pronombre personal que lo asocia directamente con gente conocida: "mi querido amigo Javier Davara",⁶ "mi querido Isidoro Alvarez",⁷ "mi admirada Carmen Rico Godoy",⁸ o anónima pero amiga: "me dice un amigo",⁹ "me preguntaba una alta dama".¹⁰ Incluso a veces habla de sí mismo a la tercera persona a través de la supuesta reflexión que le hace un interlocutor: "Como cuando Lola Flores me explicaba: Mira, Umbrá, yo a los novelistas mejor que leerlos prefiero hablar con ellos".¹¹ En todos los casos se trata de una manera de salir directamente como individuo en su columna, de ser un elemento vivo, y más bien respetado y reconocido en la sociedad actual.

* Las referencias a lecturas personales que son la base de su comentario y de su discurso: "leo en ABC",¹² "he visto en ABC",¹³ "leo en este periódico",¹⁴ "leo un informe de Irene Hernández Velasco".¹⁵

* Las alusiones a circunstancias cotidianas precisas: "una noche en casa de Cela",¹⁶ "cené en Jockey",¹⁷ "me fui a los minicines",¹⁸ "salgo de paseo por mi pueblo con un paraguas y un amigo Luis Otero que los dos nos hemos jubilado antes de que nos jubilen... y glosamos los eventos del tráfico mientras caminamos despacio por la acera",¹⁹ «he visto un mendigo»,²⁰ "escribo en domingo",²¹ "Luis de Olmo me ofrece un mastín",²² "hasta a mi santa la veo un poco agarrada",²³ "me preguntaba ayer un periodista de *Le Point*",²⁴ "veo en los carteles",²⁵ "estamos en las rebajas".²⁶

Podemos dar un ejemplo en que se juntan esos distintos elementos: personalización, cita, circunstancia vivida: "Para que se consuelen mis queridos

hondureños y sepan que el capitalismo salvaje también tiene sus víctimas, sus huracanes, sus "tormentas de acero" como titulaba mi amigo Jünger, a quien entrevisté en El Escorial.²⁷ La relación del "yo" del columnista con las víctimas de Honduras es muy íntima, reforzada por el trato amistoso con la figura literaria citada. El "yo" de Umbral es protagonista, pero en un asunto que le es ajeno.

También se da el caso de la reproducción de un diálogo con un amigo: por ejemplo "lo hablaba yo ayer tarde con Miguel de la Quadra-Salcedo viejo y entrañable tronco"²⁸ y a continuación cita extractos de esa conversación.

Una columna, tan sólo, refiere enteramente un supuesto diálogo con una dependiente un día de rebajas pero se trata de algo bastante superficial: la compra de un panty.²⁹

Hay un relato de las circunstancias de la escritura de su libro *Historias de amor y viagra* que nace de una propuesta de experiencia: "la cosa empezó cuando una revista me propuso hacer experiencias con viagra".³⁰ Luego Umbral cuenta una sesión de fotos que le sacó una revista, con un desnudo casi completo y provocador.

Como siempre en los textos de Umbral no falta la alusión a la salud, o sea a problemas debidos a una enfermedad. El único motivo que ha provocado la suspensión momentánea de la publicación de la columna ha sido la fiebre. Son rarísimos los ejemplos durante una temporada. Umbral no tiene textos preparados, congelados, susceptibles de salir en caso de urgencia de este tipo, lo que prueba el nexo estrecho y visceral de la escritura con su vida. Un ataque de gripe puede provocar una reflexión sobre la enfermedad pero en relación con su creación: "Lo mío no ha sido más que un penoso y funcional viaje a la gripe, pendiente de las colaboraciones que se va uno perdiendo, la idea de novela que se va disipando y las llamadas que no está uno atendiendo".³¹ Pero en seguida saca una lección general que le interesa a cualquier lector: "la salud es el descubrimiento que se hace después de la enfermedad".³²

Al fin y al cabo esta presencia directa es bastante limitada. La única referencia a un aconteci-

miento dramático es la que hace, muy rápidamente, a la muerte de su hijo: "este diálogo con la enfermedad y la muerte ha de ser paciente y sapiente. Yo lo viví con un hijo".³³ El drama esencial, el desgarramiento insuperable que pudo representar la muerte de un hijo muy joven no aparece más que fugazmente a propósito de la enfermedad que sufre una amiga suya, Carmen Díez de Rivera. Apuntemos a este propósito que este episodio existencial hubiera podido dar lugar a una exhibición de un "yo" llorón, explotando las posibilidades emocionales de tal hecho. Umbral no se vale de este drama personal para buscar un morbo demagógico. Es más, da con *Mortal y rosa* el texto más púdico que se pueda imaginar sobre esa pérdida, canto doloroso y patético, pero muy depurado, al ausente, al otro yo perdido. Este autor a quien unos tachan de impúdico, de exhibicionista y de megalómano da una lección de dominio del dolor, de traslado del caso personal al caso universal, de salvación del desequilibrio y del vértigo del suicidio por el ejercicio literario, la reflexión ética, la meditación filosófica.

Es significativo que Umbral confiese, después de una sesión de lectura pública de unas páginas de *Mortal y rosa* en los cursos de verano de El Escorial que "este libro tiene una electricidad que yo mismo no controlo, pero que pasa a través de mí y llega a lectores españoles y extranjeros, cultos e incultos, viejos y jóvenes".³⁴

* Por otra parte son bastante numerosas las vueltas al pasado más lejano, esencialmente la España de Franco, la de su infancia, de su juventud y de sus primeros años de escritor-periodista: tiempos de censura: "recuerdo que cuando la censura también había colaboraciones en la prensa, que nunca fue homogénea ni aburrida, como hubiese querido el dictador";³⁵ el estado de excepción: "a nosotros nos cogió en el Oliver noctívago de Marsillach, con Gabriel Celaya, García Hortelano, Paco Rabal...";³⁶ la familia: "nuestras familias desde pequeños, nos hablaban de "lo seguro", como proyecto no muy sugestivo ni orteguiano de la vida en común, y lo seguro era hacer oposiciones y ganarlas";³⁷ la experiencia de monaguillo: "Cuando aquellas misas que yo decía (fui monaguillo) los ricos hacían cola como ahora los pobres en el Cristo de Medinaceli... no olvide lo que le dice este viejo monaguillo que, con poco más de fe, hasta pudo llegar a sacristán";³⁸ la escuela: "El libro

escolar “Corazón”, de Edmundo d’Amicis, ese texto sentimental y bien escrito que nos correspondió leer en clase a varias generaciones de españoles, quizá por los años en que la influencia italiana en España - fascismo- era casi tan completa como la alemana”;³⁹ la infancia: “Yo mi infancia la recuerdo como una Edad de Piedra. Vivíamos en una lucha continua con los de otro barrio, con los de otra escuela, con los de la propia escuela. Éramos violentos en casa y en la calle. Así es el niño eternamente, porque la humanidad vuelve a recomenzar en cada niño y en cada barrio...”;⁴⁰ la iniciación al periodismo: “Almería, ese sur extremo, el de aquella famosa Chanca, donde yo me iniciaba en el reportaje/denuncia...”;⁴¹ o a propósito de Víctor de la Serna: “Perseguí yo su firma por los periódicos de los cuarenta/cincuenta, me parecía su prosa violenta y optimista...”;⁴² las inquietudes literarias: “Juan Ramón Jiménez tenía una cualidad de padre a la que nos entregamos los poetas adolescentes de los 50, quiero decir los que no estábamos dispuestos a sacrificarle a Franco a favor o en contra, nuestra vocación y expresión”;⁴³ y los años de miseria: “Aquella España pequeñita y ni siquiera fascista, por falta de ganas... yo robaba ristras de bacalao en los comestibles y Juanita Reina era la alegría enlutada de un corazón sin salida: el mío, el nuestro, el de todos”.⁴⁴ El monólogo interior de estos textos se metamorfosea en un “monólogo interior colectivo” según las propias palabras del autor.

Se impone pues una vuelta sistemática a un pasado a la vez doloroso y poetizado, concebida no como un viaje narcisista, en un sistema de introspección egoísta, sino más bien como una toma de conciencia colectiva: el paso del “yo” al “nosotros” es permanente: “La cultura está siempre en la izquierda, y no por oscuras manipulaciones judeomasónicas como nos enseñaron a los de mi generación...”.⁴⁵ La columna de actualidad se vuelve, en definitiva, un documento muy válido para el conocimiento del pasado, no el de los grandes acontecimientos que cuentan los libros de Historia sino el cotidiano de los individuos captados en su cuadro más familiar.

En una palabra son, repartidos en los fragmentos parciales, desordenados, de las columnas, los elementos básicos constitutivos de la materia narrativa de relatos como *Memorias de un niño de derechas*, *Diario de un español cansado*, *Los hechos arborecentes* o *Los males sagrados*, etc. En la columna se van

mezclando pues la observación aguda y crítica del presente, y los comentarios nacidos de la actualidad más urgente, que compone poco a poco la memoria colectiva de una temporada y los recuerdos, individuales por cierto, pero dominados por un enfoque generacional.

Hay una estilización de la anécdota circunstancial que es lo propio de los grandes textos de la escritura del yo: la salida de las obras completas de Juan Ramón Jiménez, o de un libro de Lázaro Carreter o de Delibes, el Nobel de Saramago, la muerte de una figura del canto como Juanita Reina, una exposición de los Caprichos de Goya, las elecciones para la secretaria del Partido Socialista, los comicios municipales, el problema de los jubilados, o de los nacionalismos, la celebración de la revista *La Codorniz*, un anuncio de Pierre Cardin, el escándalo de los amores de Clinton, el proceso Pinochet, la guerra de Bosnia, la corrupción financiera, las 35 horas, el caso Gil y Gil, la moda de los móviles, el tráfico de Viagra, las mujeres maltratadas, la Coca-Cola, el Papa, el estreno de la última película de Garci o de Almodóvar, la Semana Santa, figuras de actualidad como Borrell, Hierro, González, Aznar, etc. Esta enumeración tan variada compone como un No-Do democrático de la España de hoy.

Lista caótica solamente si se mira desde fuera la crónica de sociedad que podría resultar algo frívolo con sus negritas o algo rápidamente superado por la actualidad devoradora, viene a ser una obra de arte, un auténtica creación literaria, entre el reportaje y la novela, entre realidad y ficción, entre documento sociológico y creación estética. Al fin y al cabo esa crónica de sociedad se vuelve una anti-crónica de sociedad, con una tremenda carga de testimonio y de denuncia.

La estructura de la columna es unitaria, cerrada, circular, se transforma así en un auténtico cuadro de costumbres, o en una reflexión sociológica. Como decía uno de sus maestros, el desgraciadamente olvidado González Ruano: “Un artículo es como una morcilla. Dentro metes lo que quieras, pero tiene que estar bien atado por los extremos”.

La consulta de las columnas de Umbral da un panorama algo completo de la problemática del año en todos los campos (quizás un gran ausente sea el

deporte). Pero todo parte de la mirada, de la cultura, de la sensibilidad y sobre todo de la memoria del propio Umbral. Hablando de lo que pasa en España habla de sí mismo y hablando de sí mismo nos permite descubrirnos. No se trata en absoluto de un autorretrato complaciente y posiblemente vanidoso, y por consiguiente poco interesante para el lector.

Si buscamos un conocimiento íntimo de Umbral nos damos cuenta de que, de modo paradójico, el hombre Umbral es el gran misterio de la obra del escritor Umbral donde el yo, sin embargo, parece dominar. La máscara del personaje que ha venido forjando a través de sus seudo confesiones oculta la realidad profunda del ser. No sabemos nada de su padre, el ausente espectacular de la obra, recibimos una imagen bastante mitificada de la madre cuyo oficio real desconocemos, se encuentran pocas referencias precisas a la esposa, las amantes también pierden individualidad al darles nombres como Rimbaud o Mozart. Se puede poner en duda incluso el auténtico apellido de Umbral que parece ser un seudónimo, manifestación muy temprana de una voluntad de disfraz, y de constituir a otro ser, distinto del oficial, personaje exterior creado por la persona.

Por eso pensamos que es absurdo exigirle a Umbral, como siguen haciéndolo a menudo unos críticos, que deje de dedicar tanto tiempo a la columna diaria y que escriba, por fin, según ellos, una gran novela tradicional. No toman en cuenta que Umbral ha encontrado, en la práctica de la escritura diaria de una columna durante toda su vida, y en la construcción de sus textos narrativos a partir de la estructura de columnas acumuladas, lo que Martínez Albertos llama "un ghetto privilegiado", o sea un espacio que le permite gozar de todas las libertades y juntar memoria personal y memoria colectiva, el subjetivismo más radical y la observación más entregada a conocer y aclarar el mundo que nos rodea. Quizá la demasiada importancia que últimamente va cobrando el análisis político e ideológico le aleje de la confesión de su "yo". Llama la atención la poca presencia del tema erótico, directamente expresado por lo menos, en las columnas de esta temporada.

Es evidente que la visión de la España de los cincuenta últimos años, con la guerra civil, el poder de Franco y la democracia, pasan por la criba de una

mirada parecida a la muy aguda de un Quevedo o de un Voltaire. Miguel García-Posada dice algo fundamental cuando escribe que "La personalidad de Umbral colorea lo que escribe". Y con él el columnismo deja de ser un género secundario, o marginado para formar parte de un conjunto creativo que se elabora paralelamente pero que resulta enriquecido por esa reflexión diaria.

En definitiva, el aparentemente narcisista Umbral se vuelve un moralista lúcido que llega a una visión espéptica de la sociedad de la España de hoy. Cuanto en el novelista se traduce por una violencia cada vez más auto-destructora, hasta soñar con ser el asesino de sí mismo, se transforma en el columnista en una voluntad obsesiva de testimoniar, de purificar y de escribir. Lejos de cualquier exhibicionismo, *pose* frívola o autocomplacencia pedante. Escuchémoslo: "Yo, en el periódico, no voceo los acontecimientos como los chicos voceaban antes los periódicos por la calle... de cada columna, y de cada página de un libro, me gusta hacer una miniatura de estilo"⁴⁶ y también: "Tengo ganas de volver a la columna, ese diario público donde voy dejando acuarelas y aguafuertes literarios, políticos, memoria histórica de España, día a día, siempre atropellado por la noticia, como por el toro...".⁴⁷

Va creando de este modo una literatura que, al hablar de su propia memoria, constituye al fin y al cabo la de la España de esta segunda parte de siglo.

Notas

¹ F. Umbral, *Diario político y sentimental*, Planeta, 1999 p. 206

² *Ibíd.*, p. 52

³ *Ibíd.*, p. 164

⁴ *Ibíd.*, p. 161

⁵ Antoine Compagnon, *La seconde main ou le travail de la citation*, Seuil, 1979, p. 44.

⁶ *Los periodistas*, *El Mundo*, 11/09/1998

⁷ *El Papa/boutique*, *ibíd.*, 20/03/1999

⁸ Rosa Díez, *ibíd.* 08/06/1999

- ⁹ *Ibíd.*
- ¹⁰ *¿Gallardón?*, *ibíd.* 13/03/1999
- ¹¹ *Velázquez*, *ibíd.* 17/07/1999
- ¹² *Dylan y Springsteen*, *ibíd.* 14/04/1999
- ¹³ *Las maltratadas*, *ibíd.* 17/03/1999
- ¹⁴ *A Carmen*, *ibíd.* 30/04/1999
- ¹⁵ *Que no se lo ponen*, *ibíd.* 21/06/1999
- ¹⁶ *Los mondadientes*, *ibíd.* 31/03/1999
- ¹⁷ *Y la izquierda qué*, *ibíd.* 20/01/1999
- ¹⁸ *El abuelo de mis ojos*, *ibíd.* 25/01/1999
- ¹⁹ *Los milenarios perros*, *ibíd.* 16/12/1998
- ²⁰ *El mendigo*, *ibíd.* 28/11/1998
- ²¹ *El crimen ritual*, *ibíd.* 16/11/1998
- ²² *Los milenarios perros*, *ibíd.* 16/12/1998
- ²³ *La cultura de aquí*, *ibíd.* 15/02/1999
- ²⁴ *Lázaro Carreter*, *ibíd.* 03/05/1999
- ²⁵ *Los carteles*, *ibíd.* 31/05/1999
- ²⁶ *El panty*, *ibíd.* 06/07/1999
- ²⁷ *El otro huracán*, *ibíd.* 05/11/1998.
- ²⁸ *Los periodistas*, *ibíd.* 11/09/1998
- ²⁹ *El panty*, *ibíd.* 06/07/1999
- ³⁰ *El invento*, *ibíd.* 17/10/1998
- ³¹ *La gripe*, *ibíd.* 23/02/1999
- ³² *La salud*, *ibíd.* 04/03/1997
- ³³ *A Carmen*, *ibíd.* 30/04/1999
- ³⁴ F. Umbral, *Diario político y sentimental*, op. cit., p.359
- ³⁵ *La movida periodística*, *El Mundo*, 30/09/1998
- ³⁶ *El memorialismo*, *ibíd.* 28/10/1998
- ³⁷ *La burocracia*, *ibíd.* 28/06/1999
- ³⁸ *El rico en misa*, *ibíd.* 02/04/1999
- ³⁹ *Corazón*, *ibíd.* 09/06/1999
- ⁴⁰ *Violación y muerte*, *ibíd.* 01/01/1999
- ⁴¹ *La gran izquierda*, *ibíd.* 25/06/1999
- ⁴² *Víctor de la Serna*, *ibíd.* 13/01/1999
- ⁴³ *JRJ*, *ibíd.* 15/03/1999
- ⁴⁴ *Juanita Reina*, *ibíd.* 25/03/1999
- ⁴⁵ *Ser de izquierdas*, *ibíd.* 14/01/1999
- ⁴⁶ F. Umbral, *Diario político y sentimental*, op.cit., pp. 181-182
- ⁴⁷ *Ibíd.* pp. 374-375